

y 3) 1976-1986. La primera estaría caracterizada por una predominante preocupación por la historia española —títulos significativos como *Sobre la cultura española* (1943), *Menéndez Pelayo* (1944), *Las generaciones en la historia* (1945), *La generación del 98* (1945) y *España como problema* (1949)—, mientras en la segunda el énfasis recaería sobre la antropología —*La espera y la esperanza* (1957), *La empresa de ser hombre* (1958), *Teoría y realidad del otro* (1961), *La relación médico-enfermo* (1964)—, si bien los temas históricos y antropológicos se mezclan simultáneamente con frecuencia en una y otra etapa. El rasgo característico de ambas es, sin embargo, la estrecha dialéctica establecida en la meditación lainiana entre historia y teoría, hasta el punto de convertir la historia en plataforma generalizada de sus ulteriores investigaciones, rasgo que se refleja en la misma estructura de sus libros, casi siempre precedidos de un amplio recorrido histórico sobre el problema que se dispone a tratar. Así, su libro *La espera y la esperanza* va subtulado muy significativamente: «Historia y teoría del esperar humano», ocupando la parte histórica bastante más de la mitad del volumen; en *Teoría y realidad del otro*, el primer tomo cercano a las 400 páginas es una exploración histórica del tema a investigar, mientras el segundo es un tratamiento sistemático de la cuestión; la misma experiencia podríamos recoger examinando otros libros del autor. Nos quedaríamos en la superficie del planteamiento si nos limitásemos a reseñar sin más esa característica, sin cobrar conciencia de que tal modo de proceder obedece a una meditada actitud metodológica que consiste en «hacer del conocimiento histórico presupuesto del conocimiento sistemático». ¹⁶ Por lo demás, con ello no hace Laín sino seguir la dirección marcada por Ortega —en *Historia como sistema*— y por Zubiri —en «Grecia y la pervivencia del pasado filosófico»—, que pusieron las bases filosóficas del metódico empleo de la historia como preámbulo de la reflexión sistemática.

En realidad, estamos aquí tocando uno de los nervios centrales de la actitud intelectual de Laín: su recusación de todo adanismo. Esa fue precisamente la tentación a que tuvo que sustraerse tras la guerra civil, cuando «con la mente a medio formar, la vida de España nos puso en el trance de enseñar a otros más jóvenes». ¹⁷ Pero, en verdad, se trata de algo más que una cuestión de coyuntura histórica; quizá fue ésta la que le llevó a la convicción de que no hay vida intelectual sin continuidad con la historia; es el diálogo que, a través de ésta, establecemos con la tradición, el origen y la base de toda comunidad científica a intelectual. En este sentido, pocos magisterios más esclarecedores y ejemplares que el del propio Laín, hombre pontifical —edificador de puentes— en el sentido más noble y original de la palabra, clave de la historia española en los años que siguieron a la guerra civil, árbitro de una situación intelectual sin cuya presencia hubiese caído en rotundo deterioro.

Es quizá este el momento adecuado de nuestra exposición para referirnos a los grandes maestros inspiradores de la obra de Laín. Como hombre de continuidad y de diálogo no podía dejar de recibir inspiración de algunos de sus mayores. Si Ramón y Cajal fue como científico un faro ejemplar de su conducta —véanse sus *Estudios y apuntes sobre Ramón y Cajal*—, las fuentes vivas de su pensamiento hay que ir a buscarlas en

¹⁶ *La relación médico-enfermo*, p. 29.

¹⁷ *España como problema*, p. 676.

Menéndez Pelayo, como historiador, y en Xabier Zubiri, como filósofo. En este último aspecto, debemos constatar que la obra teórica de Laín es incomprensible sin la filosofía de Zubiri; el testimonio de ese magisterio está declarado de forma muy temprana en la «Carta a Xavier Zubiri» con que Laín encabeza en 1944 su libro *Las generaciones en la historia*. Aparecía allí expresamente la deuda al filósofo donostiarra visible en la «fidelidad a dos actitudes fundamentales de la mente»: 1) la que afirma que «sólo es vivo y verdadero nuestro saber cuando contemplamos como permanente problema aquello que sabemos o aprendemos»; 2) la que se ancla en «la obediencia al imperativo del concepto». Más tarde la invocación al magisterio y a la filosofía zubiriana se repiten innumerables veces a lo largo de la obra de Laín, hasta llegar muy recientemente a su *Antropología médica* (1984), donde los conceptos de estructura y respectividad, según la formulación de Zubiri, aparecen plenamente incorporados a una visión médica —y específicamente clínica— de la antropología, como nos hace constar en una nota a pie de página: «la antropología filosófica más rigurosa y más adecuada al saber científico actual es, a mi juicio, la de Xavier Zuribi».¹⁸ El filósofo Laín Entralgo dará así cima a uno de sus más fervientes anhelos como intelectual: la formulación de una antropología filosófica cristiana basada en un conocimiento positivo de la ciencia médica de nuestro tiempo.

Más atención debe, sin embargo, merecernos aquí la figura de Menéndez Pelayo, puesto que nos ocupamos de la obra de Laín como historiador, pero antes de pasar a ello parece obligado dar por terminado el breve repaso que estábamos haciendo a la evolución intelectual de Laín. Habíamos señalado dos etapas con fecha fronteriza en 1956, marcadas respectivamente por una predominante preocupación histórica, la primera, y antropológica, la segunda, pero nada hemos dicho de la tercera, iniciada en 1976. A mi juicio es ésta una etapa de síntesis, donde la obra de Laín queda rematada y cumplida por el logro de algunas de sus más altas aspiraciones. Como historiador de la medicina un año antes Laín ha terminado de publicar la *Historia Universal de la Medicina* (1969-1975), que, bajo su dirección, redactó el equipo formado por Luis Sánchez Granjel, José María López Piñero, Agustín Albarracín y Luis García Ballester; con legítimo orgullo ha podido escribir Laín sobre esta obra, producto de la colaboración de ciento veintisiete especialistas procedentes de 17 países: «Lo que desde 1905 no había podido realizarse en todo el planeta, un pequeño grupo de hombres lo hemos logrado en este pequeño y áspero relieve de él que limitan las aguas de nuestro Mediterráneo y de nuestro Atlántico».¹⁹ Al mismo tiempo, Laín va a cumplir en los próximos años uno de sus más fervientes anhelos intelectuales: la redacción de una antropología médica en que tuvieran convergencia su antropología filosófica de base cristiana, por un lado, y el vasto saber de la medicina y la clínica como ciencias positivas, por otro. Como dice Carpintero, «la consideración sistemática de la medicina le empujaba hacia una antropología médica, una doctrina del hombre que hiciera comprensible la enfermedad, la salud, y cuantas cuestiones llevan ambas anejas, enriquecidas con los datos po-

¹⁸ Antropología médica para clínicos. *Salvat, Barcelona 1984; p. XXXII; véase sobre el particular dos estudios: Diego Gracia Guillén, «La estructura de la antropología médica», Realitas, I, Madrid 1974; y I. Ellacuría, «Introducción crítica a la Antropología filosófica de Xavier Zuribi», Realitas, II, Madrid 1976.*

¹⁹ Descargo de conciencia, p. 502.

sitivos de las ciencias, pero atenta también a encuadrarlos dentro de un auténtico cuerpo sistemático». ²⁰ Estas palabras —certeras— escritas por Carpintero en 1967, sólo hallarán pleno cumplimiento diecisiete años después con la publicación en 1984 de su *Antropología médica para clínicos*, digno remate de una vida y una obra dedicada a la meditación filosófica y científica sobre el hombre, que será calificada por el propio Laín como «la más alta ambición de mi vida». ²¹

Estas etapas intelectuales bien podían ser jalonadas por los acontecimientos de su vida pública. Amplia esperanza al principio en la aportación falangista al régimen de Franco, basada en una firme adscripción a lo que el propio Laín llamó «los valores morales del nationalsindicalismo», ²² dentro de una peculiar interpretación caracterizada como «falangismo liberal» o, en otras ocasiones de «liberalismo intelectual». Son los años de fundación de la revista *Escorial* (1940), con el propósito manifiesto de convertirla en plataforma de «restablecimiento de una comunidad intelectual» (n.º 1); los años de obtención de la cátedra de «Historia de la Medicina» en Madrid (1942); de ingreso en la Real Academia de Medicina y en la Española; momento que culmina con su nombramiento como Rector de la Universidad de Madrid en 1951, cargo que se verá obligado a dejar tras los sucesos universitarios de 1956, en que la política de apertura y diálogo seguida por el Ministerio de Educación, bajo el mandato de Joaquín Ruiz-Giménez, encuentra la hostilidad declarada del régimen. A partir de aquel momento se inicia la condición de lo que Laín ha llamado, hablando de sí mismo, *paria oficial* —«en modo alguno, añade, *paria-social*—, demostrativa de su alejamiento del régimen franquista, declaradamente incompatible con las apetencias de libertad, de diálogo y de convivencia que el grupo fundador de *Escorial* propugnaba. Se trataba de reconstruir la convivencia española desgarrada por la guerra civil, como antes decíamos; por eso, tras calificar a ésta de «necesaria», aseguraban que sólo «nuestras obras podrían legitimarla»; nunca «los errores» o los «crímenes del adversario» (n.º 2).

Pero, si el fracaso político del grupo les hacía automáticamente *parias oficiales*, su misión social cobraba una especial importancia ejemplificante y moralizadora, que les convertía en lo que Laín ha llamado «gheto al revés». La cabeza de ese supuesto *gheto* no podrá ser otra que la de Laín, cuyo reconocimiento público y académico se acentúa, muy especialmente a partir del cambio de régimen en 1976, tras la muerte de Franco. Si en 1964, Laín es nombrado académico de la Real Academia de la Historia, en 1983 obtendrá la designación como Presidente de la Real Academia de la Lengua, tras la jubilación de Dámaso Alonso. Es un nombramiento que honra a la institución, pero que dignifica también una vida de esfuerzo dedicada a la universidad y a la inteligencia, con la vista puesta en un sincero deseo de perfección de España y de mejora de nuestra sociedad. La procesión, sin embargo, iba por dentro.

3. La antropología de la esperanza

Hay, en efecto, un problema de conciencia mal resuelto en la biografía de Laín, que estallará finalmente con la publicación en 1976 de su *Descargo de conciencia*. Se trata

²⁰ Helio Carpintero, op. cit., p. 80.

²¹ Descargo de conciencia, p. 497.

²² Así se tituló el primer libro de Laín tras la contienda civil, publicado por la Editora Nacional en 1941.